

De aquí las disputas en las escuelas, las disensiones en el seno de las familias, las luchas sobre el campo de batalla, la dispersión y la servidumbre; de aquí las reconvenciones de los profetas y la confusión de la política y de la fe.

Aquellas disidencias con motivo del significado y de la aplicación de la ley, no podían menos de ser extremadamente funestas á un pueblo gobernado por la ley rigurosamente (13). Por eso todas las querellas de los judíos entre sí y con los extranjeros, se presentan á nuestros ojos bajo un aspecto religioso, á contar desde la salida de Egipto hasta Herodes. Este por interés político favorecía las costumbres y el poder de los extranjeros, á quienes era deudor de la corona, con detrimento de la nacionalidad judía; y al revés los doctores se adherían al sentido de la ley más obstinadamente, exageraban el celo por las prácticas exteriores y la observancia minuciosa de la letra muerta.

Ahora bien, la letra prometía un Mesías vencedor y triunfante: de consiguiente, se negaron á re-

(13) Ya hemos dicho que el nombre de teocracia cuadraba mal al gobierno hebreo, en el sentido en que se entiende vulgarmente, es decir, una autoridad ejercida por sacerdotes. Se le podría aplicar con más propiedad el nombre de nomocracia, atendido á que todo estaba determinado por la ley, que traía su eficacia de Dios, de quien emanaba.

conocerle en el hijo del humilde artesano, en el que muerto á sus manos, cambió para ellos en tesoro de cólera las riquezas de la misericordia (14); y cuando llegó á colmo la medida de sus delitos, arrancó su viña del terreno ingrato, que no producía más que lambrusca.

Cumplida su misión cayó Jerusalén: rompióse la cáscara cuando se desarrolló la idea que encerraba, cuando no bastó ya un símbolo inmóvil, es decir, un templo hecho por mano del hombre. Después de alguna tentativa para reconstituir su ciudad y su nacionalidad, se dispersaron los infelices judíos por la superficie de la tierra: pero puestos á prueba con tantos reveses, perseguidos por los gentiles, por los cristianos, por los mahometanos, no renunciaron á su religión ni á la esperanza. Aun ahora, el día en que su templo fué reducido á cenizas (9 de Ab) ayunan rigurosamente; y dedicándose á la industria, al trabajo, continuando en la observancia de su ley, viven confiados en que aquel Dios que les sacó en otro tiempo del cautiverio de Babilonia, hará aún resplandecer su día.

Este día será aquel en que la sangre vertida por sus padres caiga sobre los hijos como señal de perdón y de redención.

(14) *Crucifixa. et salvatorem suum, et fecerunt damnatorem suum.* — ENCLUSTIN.
 § para sus
 e baj

CAPITULO X

LOS FLAVIOS

En medio de la medianía universal parecieron de tan grande éxito la expedición llevada á buen término por Tito y la sumisión de una nación, que Vespasiano se mostró celoso hasta de su propio hijo. Pero éste acudió á su lado diciéndole: *Hé llegado, vedme aquí, padre mío*, y dejando de abrigar recelos Vespasiano, le asoció al poder tribunicio, le confirió el mando de la guardia pretoriana, y le permitió celebrar el triunfo con la mayor magnificencia (1). Entonces fué cuando se levantó el arco

que todavía lleva el nombre de Tito, monumento que, con la clausura del templo de Jano y la crea-

pasando por los teatros, á fin de que pudiera verles con más facilidad la muchedumbre.

Es imposible dar cuenta de la multitud de espectadores, y de las magnificencias de todas clases, de que nadie podría formarse idea, tanto en lo concerniente á las obras de arte, como con relación á las riquezas de diversas especies ó á las rarezas naturales. Allí se encontraba reunido en un sólo día cuanto los hombres más afortunados han llegado á poseer de grande y maravilloso en tiempos y lugares diferentes y brindaba á los ojos el esplendor del imperio romano. Veíase allí una infinita cantidad de obras de oro, de plata y de marfil, no llevadas por gala, sino corriendo, por decirlo así, como un río: telas de vestiduras, unas de púrpura más preciosa, otras pintadas á estilo de Babilonia, cargadas de los más delicados dibujos y fulgurantes pedrerías, unas engastadas en coronas de oro, otras dispuestas de distinto modo. Su profusión indujo á creer que era un error suponer que aquellas cosas fuesen raras. Llevábanse también las estatuas de los dioses de tamaño prodigioso y de un trabajo nada común por su esmero; además no había una que no fuera de una materia preciosa. Veíanse asimismo animales de diversas especies, enjaezados todos con ricos arneses con ocasión tan solemne. Todos aquellos objetos preciosos eran llevados por una multitud de personas vestidas de telas de púrpura con realces de oro; y los que habían sido elegidos para tomar parte en el triunfo, iban engalanados con una magnificencia de ornamentos esquisita y admirable. Hasta la turba de prisioneros aparecía con variedad y lujo: la elegancia de sus trajes ocultaba á los ojos la deformidad de sus cuerpos mutilados.

(1) Triunfo de Tito.—El día señalado para celebrar la victoria, no quedó nadie en las casas. Todos acudieron desde muy temprano á coger sitio, y ocupaban calles y plazas, no dejando en claro más que el espacio preciso para que pasaran los triunfadores. Todavía era de noche cuando los soldados formaron ordenadamente en filas y se colocaron al rededor de las puertas, no del palacio, sino del templo de Isis, donde Vespasiano y Tito habían pasado la noche. Estos salen al asomar la aurora coronados de laurel y vestidos con un manto de púrpura, y se dirigen con la comitiva que les circunda hacia los pórticos de Octavio, donde aguardan su arribo los senadores, las diversas ordenes de magistrados y los caballeros. Habíase levantado delante de los pórticos un estrado en que había carros de marfil para el emperador y su hijo. Subieron allí y tomaron asiento. Entonces prorrumpieron los soldados en gritos de alborozo dando testimonio de su denuedo. Hallábanse los soldados sin armas, vestidos de seda y coronados de laureles. Vespasiano dió gracias por aquellas demostraciones, y como quisieran proseguir hizo seña para que callasen. Sucedió un profundo silencio: levantóse entonces, y cubriéndose casi enteramente con su manto, hizo las plegarias de costumbre, imitándole Tito. Concluidas las plegarias, despidió Vespasiano en pocas palabras á los soldados para que asistieran á la comida preparada comunmente por los emperadores, y se retiró hacia la puerta triunfal. Allí padre é hijo tomaron un refrigerio, enseguida se pusieron los trajes de triunfadores; y después de haber hecho un sacrificio á los dioses custodios de aquella puerta, empezaron la marcha triunfal

»Movían especialmente á asombro la estructura de las máquinas que en su mayor parte eran de tres y cuatro pisos; y al ver la magnificencia con que estaban decoradas, se experimentaba placer y estupor á un mismo tiempo. Había muchas de donde colgaban paños recamados de oro, y todas estaban incrustadas de oro y de marfil con sumo arte. Allí iba-figurada la guerra de muchos modos

ción del templo de la Paz, atestiguó el fin de las guerras.

Pero no tardó en hacer que renaciera otro Cesario Peto, gobernador de la Siria; deseoso de señalarse en alguna expedición militar, hizo á Antoco, rey de Comagene, sospechoso á los ojos del emperador, quien le encargó marchara inmediatamente

y por cuadros diferentes, lo cual ofrecía un espectáculo brillante. Vefanse fértiles campos devorados por el incendio, falanges enemigas pasadas á cuchillo, unas fugitivas, otras prisioneras. Al golpe de las máquinas caían muros de extraordinaria altura; rendíanse á los vencedores las guarniciones de las fortalezas; eran tomadas ciudades populosas con baluartes construídos en altísimas cumbres; arrojábase el ejército victorioso á lo interior de los muros, donde corrían arroyos de sangre y donde suplicaban los que ya no podían oponer resistencia. Consumía el fuego sagrados edificios, desmoronábanse las casas sobre las cabezas de sus habitantes, y después de la matanza, no corrían ya los ríos en medio de campiñas cultivadas para pasto de los hombres y de los animales, sino en medio de un territorio todavía devastado por las llamas. Habían suministrado los judíos el asunto de todas aquellas representaciones, que reproducían sus padecimientos durante la guerra. Había tal arte y perfección en el trabajo, que hacían ver el suceso á los que no lo conocían como si se hubieran hallado presentes. Sobre cada una de las máquinas se había colocado el comandante de la ciudad en la misma postura que tenía cuando fué tomada.

»Iban detrás muchos buques: seguían en confusión otros despojos, formando especialmente grande efecto los que habían sido arrancados del templo de Jerusalén, una mesa de oro de peso de muchos talentos, un candelabro también de oro, poco distinto en la hechura del que se usa entre nosotros. Formábase una columna de donde se prolongaban hacia fuera ramas rematadas por tridentes, y cada una de ellas sostenía una lámpara, sujeta allí con mucho arte. Aquellas lámparas eran en número de siete, y representaban la veneración que profesan los judíos al número septenario. Llevábase el código de las leyes judaicas detrás del candelabro: era el último despojo. Seguían hombres con simulacros de la Victoria, todos de marfil y de oro. Luego se adelantaba Vespasiano y le seguía Tito: marchaba Domiciano inmediatamente después de ellos, vestido también espléndidamente y montado en un caballo que merecía ser visto.

»Terminaba la marcha de la comitiva en el templo de Júpiter Capitolino, donde entraron y se detuvieron los emperadores, atendido que el antiguo uso era aguardar allí á saber que los enemigos del general habían muerto. Tal era Simón de Jora que acababa de figurar entre los prisioneros. Echarónle, pues, una soga al cuello, y le arrastraron hasta un lugar del foro, dándole de golpes en el camino. Allí es donde, según la ley de los romanos, se mata á los que son condenados á muerte por delito. Cuando se hubo anunciado que había dejado de existir, y se mostraron todos contentos, se dió principio á los sacrificios; y cuando fueron venturosamente consumados con plegarias de costumbre, volvieron los emperadores al palacio, donde reunieron muchos personajes en un banquete. Al mismo tiempo se sentaron todos los ciudadanos en sus casas á mesas opíparamente servidas, porque los romanos solemnizaban aquel día tanto por un triunfo sobre sus enemigos como por término de sus discordias civiles y principio de sus esperanzas de ventura para lo futuro.—JOSEFO, *De bello Jud.*, VII, 5.

en contra suya. Ocupó, pues, este reino, reduciéndolo á provincia bajo el nombre de Eufresiana. Vino á ser también Grecia, á la cual Nerón había emancipado, provincia con la Licia, la Tracia, la Cilicia, Rodas, Bizancio y Samos. Habiendo empezado á desembocar los alanos de las comarcas situadas entre el Tanais y el Palus Meótides, y á hacer incursiones en el territorio de los medos y de los armenios, Vologeso, rey de los partos, invocó contra ellos el socorro de Vespasiano; pero se lo negó dándose la enhorabuena de que aquellos terribles vecinos encontraran por otro lado en que ocuparse.

Agrícola.—Dióse el gobierno de Bretaña á Cneo Julio Agrícola, quien mereció tener por panegirista á Tácito, su yerno. Nacido en Frejus, en la Galia Narbonense, estudió en Marsella filosofía y jurisprudencia más de lo que para un romano y senador parecía conveniente. Se habituó al arte militar en Bretaña. Nombrado tribuno del pueblo en Roma, se abstuvo de obrar por no infundir á Nerón sospechas. Encargado por Galba de cerciorarse de las ofrendas hechas á los templos, puso término á las acusaciones de sacrilegio: su madre fué muerta por los soldados de Otón en Vintimilia: se puso de parte de Vespasiano, y obtuvo el mando de la vigésima legión acuartelada en la Bretaña; gobernó la Aquitania; después fué cónsul, y luego pontífice y gobernador en la Bretaña, donde puso coto á las expediciones de los montañeses. Habiendo intentado la isla de Mona (*Anglesey*) reconquistar su independencia, la atacó sin naves, cruzando el canal á nado con sus tropas, y para quitar toda ocasión á futuras sublevaciones, reprimió la licencia militar, tuvo cuidado de que reinase la justicia y no el espanto, de que los empleos fueran conferidos á personas honradas; castigó á los prevaricadores, disminuyó los impuestos, esforzándose á fin de que se sintiera lo menos posible la servidumbre. Durante los años siguientes (78—85) continuó haciendo nuevas conquistas ó consolidando las antiguas; auxiliado en efecto por la inconstancia y la desunión de los bárbaros, que combatiendo aisladamente, quedaban avasallados unos en pos de otros, se adelantó hasta la embocadura del Tay, hasta las orillas del Clide y del Forth; hasta se preparaba á desembarcar en Irlanda, que por la creencia en que se hallaba de estar situada entre la Bretaña y la España, hubiera facilitado sus comunicaciones con la Galia. Recelosos los caledonios á consecuencia de sus triunfos, redoblaron sus esfuerzos en contra suya y le aguardaron en número de treinta mil por lo menos, á la falda de los montes Grampianos, bajo el mando de Galcaco, si bien fueron totalmente derrotados. Agrícola dió vuelta á Bretaña y subyugó las Orcades; y merced á su influjo, una guerra comenzada bajo el emperador más estúpido, proseguida bajo el emperador más libertino, y terminada bajo el emperador más miedoso, proporcionó al imperio el único engrandecimiento que recibió durante el primer siglo. Pero no aguantaron mucho tiempo el extran-

jero yugo aquellas ásperas montañas donde se perpetúa un borrascoso invierno, aquellos lagos cubiertos de espesa niebla, las frías selvas en que salvajes desnudos iban á caza de ciervos.

Elvidio Prisco.—En tanto respiraba Roma después de tantas atrocidades y locuras, aunque no habían cesado enteramente los suplicios. Elvidio Prisco de Terracina, había estudiado filosofía, no para cubrir con este nombre una inercia voluptuosa, sino para ocupar más dignamente las magistraturas, y se había casado con la hija de Traseas Peto, generoso ciudadano que le dejó por herencia su constancia en obrar bien y decir la verdad. Desterrado al tiempo de la muerte de su suegro, vuelto á llamar después por Galba, no cesó en su celo por la libertad de oponerse á los actos arbitrarios de este emperador y de sus sucesores. Permittedse, pues, enérgicas frases contra Vespasiano, sin incurrir en ninguna pena; y habiendo celebrado públicamente el nacimiento de Bruto y de Casio, exhortando al pueblo á que los imitara, mandó el emperador que se le pusiera preso, aunque le restituyó la libertad muy en breve. No cambiando, empero, de modo de pensar Elvidio, ni moderando su lenguaje, fué al fin desterrado; y como clamara luego contra el emperador con todas sus fuerzas, el Senado decretó su muerte. Vespasiano envió órdenes á toda prisa para que se suspendiera la ejecución, pero Muciano ó la casualidad hizo que llegaran tarde.

Al ver las alabanzas que Tácito, Plinio el Joven, y Juvenal prodigan á este héroe imprudente, nos sentimos inclinados á hacer tristes reflexiones sobre los medios á que se ve obligada á apelar la virtud cuando carece de los recursos legítimos que al abuso del poder deben oponerse.

Fué urdida una conjuración contra Vespasiano por Alieno, Cecina, Eprio Marcelo, espía de Nerón, y muchos pretorianos; pero habiendo sido descubierta la trama, Marcelo se anticipó á su condena quitándose la vida: luego, como no bastase para pronunciar la de Cecina haberle hallado encima la proclama preparada para sublevar á los soldados, le convidó Tito á una cena y mandó que fuera asesinado: ¡género de procedimiento muy expeditivo!

Muerte de Vespasiano.—Sintiendo Vespasiano acercarse la muerte, dijo: *Creo que me transformo en dios*, burlándose de este modo de la dignidad que concedían á sus príncipes los romanos. Mostróse tranquilo hasta el postrer instante (24 de junio de 79), y como hiciera esfuerzos para levantarse, exclamando: *Un emperador debe morir en pie*, espiró á la edad de sesenta y nueve años después de diez de reinado.

Era uso representar en los funerales de los magnates comedias en que salsa á la escena el muerto, y á menudo de una manera jocosa. Al tiempo de celebrarse los funerales de Vespasiano, el bufón, que hacía el papel del emperador difunto, preguntó á los mayordomos de su casa cuánto costarían sus

exequias; y al saber la enorme suma que á ellas destinaba Tito, repuso: *Dadme ese dinero y arrojad el cuerpo al Tiber*. No obstante, Roma podía considerarse como venturosa, sino hubiera tenido que echar en cara más que su avaricia al sucesor de Nerón y de Tiberio. La grandeza y la majestad, dice Plinio, no produjeron en él otro efecto que el de igualar el poder de hacer el bien al deseo que tenía de ello.

Tito.—Sucedióle Tito Flavio, su hijo. Educado con Británico se hizo muy hábil en elocuencia, en los versos, y todavía más en la guerra. En vida de su padre su codicia y su arrogancia inducían á que se concibieran de su persona esperanzas poco lisonjeras. Apoyaba cerca del emperador á todo el que le ofrecía dinero; si estaba mal con alguno, hacía pedir su muerte en el teatro ó en el campo de Marte por personas asalariadas; y en fin, tanto los romanos como los judíos miraban de reojo sus amores con Berenice, hermana del judío Agripa II; aquéllos por temor de tener una emperatriz extranjera, y éstos, escandalizados de que una princesa compatriota suya se rebajase hasta el extremo de recibir los abrazos del destructor de su nación.

Pero ascendido al imperio, Tito envió á Berenice fuera de Italia, á pesar del amor que le profesaba. No sólo no irrogó ningún perjuicio á su hermano Flavio Domiciano, intrigante y díscolo, sino que le ofreció partir con él la autoridad suprema. Confirmó con un edicto las prerogativas otorgadas por sus antecesores á las personas ó á las ciudades. Siempre tenía el pueblo fácil acceso para hablarle, incluso cuando se hallaba en el baño. Tocándole dar juegos invitó á los ciudadanos á decirle cuándo y cómo los deseaban, y en su porte la afabilidad no perjudicaba en lo más mínimo al decoro. Como se le censurase su demasiada facilidad en otorgar mercedes, respondió de este modo: *Conviene que nadie se aleje apesadumbrado de la presencia del príncipe*; y una noche que hacía memoria de no haber concedido ningún beneficio desde por la mañana, dijo: *He perdido el día*. Lejos de envidiar el bien ajeno rehusó admitir donativos y mandas; y sin embargo gastó enormemente en regalos, espectáculos y edificios, no cediendo en este punto á ninguno de sus predecesores. Al inaugurarse su colosal anfiteatro, además de los gladiadores ofreció al pueblo en espectáculo un combate naval y hasta cinco mil fieras. Públicos desastres le proporcionaron coyuntura de acreditar una generosidad más ilustrada. Con efecto, habiendo consumido un incendio el Capitolio, el Panteón, la Biblioteca de Augusto, el Teatro de Pompeyo y otros edificios de menos importancia, declaró Tito que tomaba sobre sí la reparación de todo aquel estrago. Rehusando de consiguiente las sumas de dinero que le ofrecían tanto las ciudades como los príncipes extranjeros, vendió hasta los muebles de su palacio para cumplir su palabra.

Erupción del Vesubio.—Bajo su reinado el Vesubio, que no había hecho desde tiempo inmemorial

erupción ninguna, se despertó con tal furor (8 de setiembre de 79) que sepultó las dos ciudades de Herculano y Pompeya; y Pozzuolo y Cumas fueron destruidas, y toda la Campania quedó conmovida y trastornada por frecuentes terremotos. Tito reparó á sus expensas todos los males á que fué posible aplicar remedio; recorrió personalmente el país, observando los desastres causados, no para satisfacer una curiosidad indiferente, sino prodigando dinero á los que habían sido víctimas de ellos. Hasta la peste, declarándose en el imperio, suministró á Tito ocasión de manifestar bajo un nuevo aspecto su beneficencia, y aun casi diríamos su caridad.

Al aceptar el pontificado declaró que á contar desde aquel momento, se conservaría puro de toda efusión de sangre. Y en efecto, á nadie condenó á muerte, hallándose dispuesto á perecer más bien que hacer morir á otro. Habiendo sido condenados á muerte dos patricios como conspiradores, por el Senado, hizo Tito que rogaran á la asamblea que renunciara á un castigo infructuoso, dado que la duración de los reinados dependía de un poder superior al de los hombres: al mismo tiempo envía á tranquilizar á las madres de los reos, convidándolas á cenar en su compañía aquella noche. Al día siguiente las conduce á los espectáculos y pone en sus manos las espadas de los gladiadores que le presentan para examinarlas según costumbre.

Derogó la ley de lesa majestad, y no quiso que se acusara á nadie en lo sucesivo por haber hablado mal de su persona ó de sus predecesores. *O el que murmura de mí se equivoca, en cuyo caso le compadezco, ó le asiste la razón, y entonces sería injusto castigarle por haber dicho la verdad. Respecto de los predecesores, si son dioses actualmente, pueden castigar á su antojo sus propios ultrajes sin necesidad de que yo les preste mi ayuda.*

¿Quién pudiera creer, que bajo semejante príncipe, encontrara muchos parciales un supuesto Nerón que salido de Armenia después de haber recorrido las riberas del Eufrates, se refugió entre los partos?

En el momento en que respiraba Roma bajo el bondadoso Tito, á quien denominaba delicia del género humano, una muerte prematura le arrebató á aquel buen príncipe á la edad de cuarenta y un años (31 setiem. 81). Según se dice aceleró su fin Domiciano, hermano suyo, el cual hizo que se le colocara en la categoría de los dioses, á la par que intentaba denigrarle entre los hombres.

Domiciano.—Ya los desenfrenados desórdenes de Domiciano habían excitado la cólera de su padre, á quien habían apaciguado trabajosamente las instancias cariñosas de Tito. No se había aplicado durante su juventud á ninguna clase de estudio, y estaba abrumado de deudas. En la guerra había tenido gran cuidado de sustraerse á las fatigas y á los peligros; posteriormente, para rivalizar con su hermano, vencedor de los judíos, fué á combatir á Germania y contra el imperio galo; la incapacidad en que se hallaba para el ejercicio de las armas le in-

dujo á dedicarse á la poesía. Después de la muerte de su padre procuró ganar á los pretorianos, á fin de suplantar á Tito, y éste le perdonó generosamente. Cuando su hermano exhaló el último aliento, de muerte natural ó violenta, fué proclamado emperador, prodigándole á la vez todos los títulos y cargos con que sus antecesores habían sido vestidos poco á poco.

Al principio manifestó tanta repugnancia á toda especie de crueldades, que llegó hasta prohibir todo sacrificio sangriento. Mostrábase liberal con empleados del Estado, á fin de que su pobreza no les pusiera en el caso de ser corrompidos; rehusaba heredar á los ciudadanos que dejaban hijos; y después de haber distribuido las tierras confiscadas entre veteranos, no reservaba lo sobrante para sí, como era costumbre, sino que se lo restituía á los antiguos propietarios. Mandó hacer suntuosas construcciones, reformó la biblioteca incendiada, gastó 21,000 talentos en los dorados del templo de Júpiter en el Capitolio, y, sin embargo, nada valía la magnificencia de este templo en comparación de una sola de las galerías ó de las salas del palacio. Ocupábase en administrar justicia, fulminaba la nota de infamia contra los jueces que admitían dinero, y contra los gobernadores concusionarios: reprimió la licencia pública y la impudencia de los libertos; prohibió á los caballeros salir á los teatros públicos; degradó á un senador por haber bailado; excluyó á las mujeres perdidas de la facultad de recibir legados y de ir en litera; declaró indigno de ser juez á un caballero que había vuelto á admitir en su compañía á su esposa después de repudiarla por impúdica; castigó á muchos adúlteros con la última pena, y prohibió severamente hacer eunucos.

A pesar de todo, disimulaba Domiciano trabajosamente su índole feroz, sanguinaria, y vilmente recelosa. Tan anhelante de gloria militar como incapaz de adquirirla, tomó cuatro veces en un año el título de *imperator* en virtud de victorias alcanzadas por otros. Habiendo caído de improviso sobre los catos, nación la más civilizada y belicosa de los germanos, les cogió algunos prisioneros á quienes arrastró en triunfo, y ya no se despojó de la toga de triunfador nunca. Pero cuando los catos expulsaron del trono á Cariomero, rey de los queruscos, que se había hecho aliado de los romanos, no se atrevió Domiciano á sostenerle y dejó á los suevos y á los sármatas sublevados contra el imperio, exterminar ejércitos enteros en la Mesia, la Dacia y la Germania, por culpa de los generales tímidos ó temerarios. El despecho que le causaban las victorias de Agrícola sobre los caledonios, hizo que fuera llamado este gran capitán, el cual sólo pudo conjurar la cólera del emperador viviendo oscuramente; además, si hemos de dar crédito á las sospechas de los contemporáneos, su alejamiento de los negocios no le salvó del veneno (85).

Guerra con los Dacios.—La guerra más peligrosa que tuvo que hacer fué la que sostuvo con los da-

cios (*deutsch*) pueblo belicoso, á quien un antiguo filósofo llamado Zamolxis había enseñado á considerar la muerte como el término de una vida ingrata y de transición, al mismo tiempo que el principio de una existencia feliz y eterna. Habían sido gobernados sabiamente por Dura, quien transmitió su autoridad á Decebalo. No menos hábil en las lides que prudente en el consejo, pasó este caudillo el Danubio, derrotó á los romanos y mató al gobernador de Mesia; no sólo señaló su tránsito con horribles devastaciones, sino que ocupó todos los fuertes construídos por los romanos en aquellas comarcas.

Cuando Decebalo supo que Domiciano se acercaba con el ejército, propuso deponer las armas y renovar la antigua alianza, lo que le fué negado. Pero Cornelio Fosco, capitán de las guardias pretorianas, que marchó en contra suya, fué vencido. Entonces Decebalo exigió que los romanos le pagasen dos óbolos por cabeza, amenazándoles en el caso contrario con invadir su territorio y llevarlo todo á sangre y fuego. Tanta insolencia irritó la cólera de los soldados, y después de vencidos los dacios en nueve combates, les negaron la paz, que imploraban á su vez.

En vez de proseguir por aquel lado su fortuna, volvió Domiciano sus armas contra los cuados y marcomanos, culpables de haber socorrido á los dacios, y mandó degollar á sus embajadores (90). No tardó en arrepentirse de ello, pues acometido con furia vió á su ejército reducido á huir en una completa derrota. Tan cobarde en los reveses como insolente había sido en la victoria, diputó algunos individuos cerca de Decebalo, á fin de suplicarle que consintiera en la paz, enviándole ricos presentes, artesanos de todas clases, y una corona de oro en señal de que le reconocía por rey. Al fin se resignó á pagarle un tributo anual: ésta fué la primera guerra contra el imperio cuyo desenlace fuera venturoso para los bárbaros.

A pesar de todo, Domiciano escribió al Senado, diciéndole que al fin había puesto freno á los indómitos dacios; y después de haber causado á su regreso más estragos en un país tranquilo que puede originarse en tiempo de guerra, se adjudicó el triunfo, mientras que los poetas (2) le comparaban á César y á los Escipiones.

(2) ESTACIO y MARCIAL. He aquí algunos fragmentos de sus adulaciones:

*Invia sarmaticis domini lorica sagittis
Et Martis getico tergo fida magis...
Felix sorte tua, sacrum cui tangere pectus
Fas erit, et nostri mente calere dei...
Redde deum votis porcentibus: invidet hosti
Roma suo, veniat laurea multa licet.
Terrarum dominum propius videt ille totoque.
Terrorum vultu barbarus, et fruitur...
Hiberna quamvis Arctos, et rudis Peuce
Et nugarum pulsibus calens iter
Fractusque cornu jam ter improbo Rhenus*

Posteriormente fué reunido al imperio (91) el pequeño reino de Calcide, poseído por el hermano y luego por el hijo de Agripa, último rey de los judíos. También marchó Domiciano contra los sármatas, que habían exterminado una legión, si bien no sacó de esta expedición más que un motivo de fingidos triunfos y de poéticas adulaciones.

Durante la paz sabía soltar la rienda á aquella feroz energía que le faltaba en el campo de batalla. Habiendo proclamado el heraldo, por un error involuntario, emperador en vez de cónsul á Flavio Sabino, yerno de Tito, mandó dar muerte al heraldo y á su sobrino. Este fué el preludio de terribles tragedias. Ocurrióle hacer sacar el horóscopo á los magnates del imperio, y de aquí tomó ocasión para derramar la sangre de muchos senadores y caballeros. Alentados por él los delatores le proporcionaron henchirse, atestándose también ellos, con las riquezas que confiscaba bajo los más frívolos pretextos. ¿Se hacía popular un ciudadano ilustre? Consistía en que meditaba en la guerra civil. ¿Vivía retirado? Era una censura indirecta que dirigía al tiempo presente. ¿Se calificaba de ejemplar su conducta? Era un nuevo Bruto. El que apreciaba indolente y estúpido ocultaba sanguinarios proyectos: si no era activo y resuelto se ocupaba en preparar intrigas y trastornos: el rico poseía demasiado dinero para un particular, el pobre podía arrojarse á alguna peligrosa empresa, puesto que no tenía que perder nada. Cuanto más viles y detestables eran los espías, los sustentaba y acariciaba el emperador con más empeño: si quedaban convictos de calumnia, esta circunstancia hacía que tuvieran más mérito á sus ojos: en individuos de esta laya recafan los despojos del Estado, las dignidades pontificales, y hasta el consulado. Unos eran enviados á las provincias como procuradores; otros permanecían á su lado como confidentes y como ministros. Se sobornó á los esclavos para deponer contra sus señores, á los libertos contra sus patronos; y aquellos que no tenían enemigos, se encontraban vendidos y eran víctimas de la traición de hombres de cuya amistad no habían podido abrigar nunca la más mínima duda.

Bajo el reinado de este tirano no osaban los romanos comunicarse sus pensamientos, ni aun gemir juntos. Veían con pusilánime silencio á los tribunales convertidos en instrumentos de ruína, las rapifias y los asesinatos paliados con el nombre

*Teneat domantem regna perfida gentis,
Tu, summi mundi rector, et parens orbis,
Abesse nostris non tamen potes votis...
Nunc ilares, si quando mihi, nunc ludite, Muse.
Victor ab Odryis redditur orbe deus...*

En otro pasaje se lamenta Jano, al ver pasar á Domiciano, de no tener bastantes ojos para mirarle (MARCIAL, VIII, 2). Puede la estrella de la mañana dilatar su salida, porque si se presenta César no se apercibirá el pueblo de su ausencia (Id., cap. 21). ¡Oh poetas!

de multa y de castigo, las islas infestadas de bandidos, los escollos henchidos de infelices degollados. Algunos arrastraban con intrepidez la muerte: madres y mujeres generosas siguieron al destierro á los objetos de su cariño.

A semejanza de todos los malos príncipes tenía Domiciano horror á la historia y á los historiadores. Herennio Seneción fué acusado de escribir la vida de Elvidio Prisco; y aunque había dulcificado sus expresiones, como es fuerza resignarse á hacerlo bajo los tiranos, bastó que hubiera concedido elogios á un ciudadano generoso, para que se le juzgara digno de muerte. Fannia, esposa de Herennio, confesó ingenuamente que había impulsado á su marido á aquel trabajo prestándole ayuda, y fué despojada de sus bienes y desterrada; pero llevó consigo el manuscrito culpable. Se tuvo por delito capital en Aruleno Rústico haber alabado á Traseas Peto: Hermógenes de Tarsos fué condenado á muerte porque se creyó haber encontrado en la historia que había compuesto, alusiones á Domiciano, y fueron crucificados todos los que le habían ayudado á divulgar sus obras. Por un género de barbarie nuevo en un todo, Domiciano mandó quemar públicamente los libros de más general renombre, y en que brillaban más generosos sentimientos. Finalmente, desterró á todos los filósofos y hombres de letras. Hubo algunos que renunciaron al estudio para entregarse al infame oficio de delatores; habiéndose refugiado el famoso sofista Dión Crisóstomo al país de los getos sin llevar consigo más que un tratado de Platón y una arenga de Demóstenes, se ganó la vida cavando y llevando agua.

Siendo un año abundantísima la cosecha de vino al mismo tiempo que había escasez de granos, dejó el emperador que se descuidaba el trigo por la viña, y decretó que no se plantaran nuevas vides en Italia: debía á más arrancarse en las provincias la mitad de las cepas, si bien no llegó á ejecutarse esta última medida.

Segunda persecución contra los cristianos.—También concibió odio Domiciano contra los cristianos é hizo morir á gran número de ellos en Roma y en las provincias, como enemigos de la república (95). Había entre ellos miembros de la familia imperial, como Flavio Clemente, primo del tirano y su colega en el consulado; la esposa y la sobrina de Flavio, ambas llamadas Domitilas. Para Domiciano era un deleite ver lágrimas, contar los suspiros, y le encantaba observar como al eco de su voz temblaba el Senado. Se complacía en su interior en bromas llenas de crueldad. Así, una noche convidó á un banquete á los principales senadores y caballeros: á medida que llegan son conducidos á un salón todo cubierto de negro, donde el fulgor macilento de las lámparas permite descubrir ataúdes, é inscrito en cada uno de ellos el nombre de los convidados. Ante aquel espectáculo se convencen de que el instante fatal ha llegado para ellos: efectivamente les había amenazado el

emperador diciéndoles cierto día que consideraba á la mayor parte de los caballeros como enemigos suyos, y que no se creería seguro mientras quedase un senador con vida. Por último, después de una larga ansiedad, aparecen hombres desnudos pintados de negro, con el acero desenvainado en una mano y una tea en la otra, y después de haber dado vuelta á la sala guardando el más profundo silencio, abren las puertas y despiden á los dos primeros cuerpos del Estado, para quienes sucede al espanto la vergüenza de un escarnio insultante.

Habilísimo en tirar el arco, Domiciano hacía pasar una flecha por entre los dedos de un esclavo que le servía de blanco colocado á larga distancia; y en los solitarios solaces de su gabinete, ejercitaba su destreza el señor del mundo en atravesar moscas. Por eso Vibio Crispo, á quien se preguntaba si había alguien con el emperador, dió por respuesta: *Ni siquiera una mosca.*

No cediendo en crueldad ni en deleites vergonzosos á ninguno de sus predecesores, Domiciano era adulado como ellos vilmente por los romanos. Llamábanle señor, dios, hijo de Minerva; títulos que se atribuía él mismo en sus epístolas y que le prodigaban Marcial, Quintiliano, Juvenal y otros escritores (3). Llenas estaban las calles que conducían al Capitolio de víctimas degolladas delante de sus estatuas, que según el texto de un decreto, no podían ser más que de oro ó de plata. Instituyó los juegos capitinos, que á semejanza de los de Olimpia debían ser celebrados cada cinco años con la mayor pompa. Además, dió otros juegos, los más espléndidos que había visto Roma. Hizo abrir cerca del Tiber un ancho lago, donde combatieron dos escuadras: hubieron de mezclarse mujeres en las sangrientas luchas de los gladiadores; ofreció á los ojos del pueblo verdaderas batallas de ejércitos enteros dentro del anfiteatro, ¡un hombre que temblaba de miedo en frente del enemigo! Habiendo sobrevenido durante el espectáculo una tempestad en que caía el agua á torrentes, prohibió que saliese de allí nadie, lo cual causó muchas enfermedades agudas y algunas de ellas mortales.

Ningún medio creía ilícito para subvenir á todas aquellas prodigalidades. Se apoderaba fácilmente de ricas herencias, ora acusando al difunto de haber hablado mal de su persona, ora apostando gentes para afirmar que le había instituído por heredero. Aumentaban los magistrados la carga en los impuestos hasta el punto de que muchas provincias se rebelaran abiertamente; así lo verificaron los nasamones de Africa.

Otra vez apareció un falso Nerón en Asia, y acabó por retirarse entre los partos, quienes amenazaron con hacer la guerra al imperio. Lucio Antonio, gobernador de la Germania, tomó el título de Augusto, que le fué confirmado por la mayor parte

(3) PLINIO, *Panegirico de Trajano.*

de los germanos, pero en breve fué derrotado y muerto. Sólo dos tribunos, de cuantos fueron acusados de cómplices suyos, lograron salvar la vida, si bien probando que se habían prestado al más vergonzoso libertinaje, haciéndose incapaces desde entonces de toda atrevida empresa.

Una conjuración descubierta asustaba á Domiciano hasta el extremo de hacerle temer de continuo, y con más motivo á consecuencia de haberle anunciado un fin próximo diversos prodigios y predicciones. De consiguiente, temblaba en proporción al terror que infundía, lo cual le obligó á tomar las mejores precauciones que pudo contra el peligro, hasta revestir sus aposentos con una piedra que reflejaba los objetos, á fin de que nadie pudiera acercarse sin ser visto. Además, pensó en deshacerse de todos aquellos que le inspiraban desconfianza, y ya había formado la lista de ellos, cuando un niño con quien se divertía, se la quitó durante su sueño llevándosela consigo.

Muerte de Domiciano.—Asustada la emperatriz Domicia Longina de ver allí su nombre y el de los primeros personajes, se concertó con ellos á fin de ganarle por la mano. Partenio, su primer

criado, introdujo al liberto de Domicia, Estéban, que, llevando la mano á su cuello en la actitud de un hombre herido, le presentó un escrito que revelaba la conjuración, y aprovechó el momento en que leía para descargar el golpe. Domiciano se defiende, y el asesino es muerto por gentes del palacio extrañas á la trama, pero sobrevienen los demás conjurados y hacen exhalar al emperador el último aliento.

Acababa de cumplir cuarenta y cinco años y había reinado quince. Convocado inmediatamente el Senado, profirió mil ultrajes contra aquél á quien poco antes prodigaba sus adulaciones: hizo borrar su nombre de las inscripciones, derribar sus estatuas y sus arcos de triunfo, y anuló sus actos. Permaneció el pueblo indiferente, porque no descendían hasta él las persecuciones y disfrutaba de magnificencias y espectáculos. Sintieron más su muerte que la de Vespasiano y de Tito los soldados á quienes había aumentado sus haberes, y se hubieran entregado á excesos á no ser contenidos por sus oficiales.

Domiciano es el último de los príncipes designados con el nombre de los doce Césares.